



El sueño de ser el mejor

Andrés Vera Llorens

Me anudé meticulosamente los cordones de las zapatillas, alcé la mirada y respiré hondo. Entre una lluvia de flashes, nuestros nombres y países empezaron a resonar por los altavoces, mientras el estadio entero rugía a nuestro alrededor, impaciente ante el formidable espectáculo que se anunciaba: la final olímpica de los 1.500 metros.

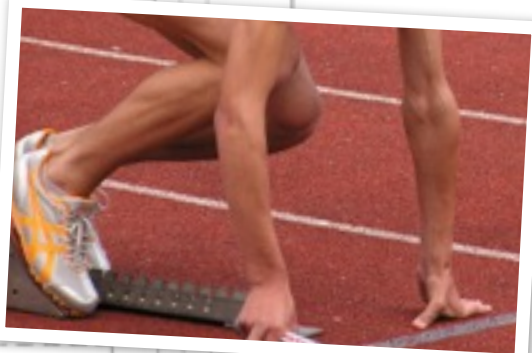
Esta auténtica "Prueba Reina" del atletismo mundial, reúne cada 4 años a los mejores corredores, a aquellos que han demostrado mayor fortaleza física y mental, mayor equilibrio entre velocidad, resistencia y estrategia, mayores deseos de victoria.



Realizaba los últimos estiramientos, con la tensión contenida en el rostro y sentía como mi corazón latía muy deprisa, casi tan deprisa como la sucesión de acontecimientos que me había conducido hasta allí. Tan solo habían transcurrido 7 años...

Descubriendo un don

"¿Pero tú sabes lo que acabas de hacer, chaval? ¡Es increíble! ¡Has batido, y de largo, el récord histórico de 1.000 metros del Instituto!". Aquella mañana no pude ni responder, arrastrado por mis exaltados compañeros que querían celebrarlo cuanto antes. Unas horas más tarde, cuando el bullicio ya había pasado, recorrí lentamente aquel patio adoquinado de mi instituto de Castellón (IFR) Instituto Francisco Ribalta, que brillaba casi para mi solo a la luz de las farolas. Y me dejé invadir, por vez primera en mi vida, por la dulce sensación de sentirme "el mejor"... Fue sólo un instante, sin llegar a tomarme aún demasiado en serio. Y es que faltaban todavía rivales de verdad.



Estos llegaron unos meses más tarde, durante los crosses escolares. "Ahí tienes a los dos favoritos" me dijo mi entrenador y amigo Enrique Beltrán, "Pégate a ellos, si puedes y espera tu oportunidad". Así fue, aguardé hasta una larga recta en cuesta, escoltada por naranjos a un lado y a otro, que dejaba vislumbrar muy al fondo, a más de 300 metros, la meta. Llegamos los tres en cabeza. Aquellos chicos parecían fuertes, eran mi referente, pero lo cierto es que yo me sentía muy bien, demasiado bien. "¿Será el momento de atacar o debo esperar un poco más?" Mi instinto me dijo "ahora" y mis piernas me dispararon hacia delante, sobrepasando a mis dos adversarios y cruzando la meta en primera posición, emocionado y sorprendido al mismo tiempo.



Aquella misma noche, repasando mentalmente la carrera, me sentí un auténtico afortunado al que se le había concedido algo mágico y maravilloso: un don. Pero al mismo tiempo intuí que aquello podía cambiar mi vida para siempre, que tal vez más adelante me exigiría renunciaciones importantes; si de verdad se trataba de un regalo de la naturaleza no podía despreciarlo, debía trabajar duro para convertirlo en una realidad. Esa era mi verdadera responsabilidad.

Y la asumí plenamente. Empecé a entrenar cada día, sin desmayo, con la mente puesta en la necesidad de probarme, de saber hasta dónde podía llegar, dónde se situaban mis verdaderos límites.

Pronto llegó la oportunidad que esperaba: el Campeonato de España Junior (Indoor) en Madrid. Ahí sí que estaban los mejores, frente a frente. Llegué tranquilo, pero con la curiosidad de saber si habría llegado a mi tope, si aquellos "campeones" serían demasiado para mi "don"...

Unos pocos minutos después ya había un veredicto: Plata en 800 metros. ¡Había quedado segundo, en mi primera participación! Yo no podía casi creerlo, y a mi entrenador bastaba con verle la cara; lo cierto es que había entrenado muy fuerte esos últimos meses pero es que estábamos hablando de los mejores de España...

De vuelta a casa, no paraba de hacerme la misma pregunta: "¿Y ahora qué, cuál es el siguiente paso?" En aquellos momentos yo era estudiante de Arquitectura en Valencia, y por ello el gran orgullo de mis padres, que veían en el atletismo un pasatiempo sano, sin mayor perspectiva de futuro.

La llamada del destino: la Residencia “Joaquín Blume”

En medio de aquel mar de dudas sobre mi futuro inmediato, la ocasión llamó a mi puerta: una beca por un año en Madrid, en la Residencia Joaquín Blume, Centro de Alto Rendimiento para deportistas de élite. Mi padre no podía entenderlo. Su hijo estaba dispuesto a dejarlo todo por nada, por una posibilidad remota de hacerse sitio en un mundo desconocido y que difícilmente me daría de comer. Podía parecer un sueño absurdo, inalcanzable, propio de alguien inmaduro. Sin embargo se trataba de “mi” sueño, y asumí con total madurez que no estaba dispuesto a dejarlo escapar.

Me vine a Madrid con lo puesto, dejando atrás familia, amigos, carrera... ¿futuro? Tenía un año para demostrar –demostrarme– que mis condiciones físicas podían llevarme muy lejos. Tan lejos como yo quisiera.

La Blume –como la conocíamos todos coloquialmente– era entonces un auténtico hervidero de talento, especialmente en el medio fondo, con la mejor generación que ha dado este país en toda su historia. Así, veías pasar a tu lado con toda naturalidad a figuras consagradas a las que te costaba trabajo no pedirles un autógrafo (José Luis González, Colomán Trabado, Antonio Páez, José Manuel Abascal...). Pero yo no estaba dispuesto a ser un mero espectador en aquella verdadera “pasarela” de atletas. Comprendí pronto que todas esas estrellas también eran de carne y hueso, sufrían y sudaban como los demás, podían tener un mal día, equivocarse, y desde luego también luchaban contra sus propios límites. “¿Dónde estaban los míos?” La pregunta seguía en el aire.

Hasta entonces yo estaba convencido de que entrenaba duro, muy duro... ¡Qué equivocado andaba! Series y más series, vueltas y más vueltas, cuestas, escaleras, sprints, hasta que ya no podías más. Y entonces empezaba el verdadero entrenamiento, ese que te lleva más allá de tus propios límites... sobre todo mentales. Tú crees que ya no puedes más, y casi siempre... puedes.

Los veteranos te observaban escépticos y hacían sus cálculos sobre si aguantarías o no. La mayoría de los novatos se quedaba ahí, porque el precio a pagar era demasiado alto y la recompensa demasiado insegura. Renunciábamos a nuestra juventud (salidas, trasnochadas, fiestas, copas) a cambio de una quimera. Y no todo el mundo está dispuesto; casi nadie, yo diría. Todos tenemos sueños, queríamos hacer esto o aquello, y convertirnos en lo de más de allá, pero el sacrificio que eso conlleva es un peaje tan doloroso que nos lleva a dudar –de la meta y de nosotros mismos– a desistir, inconscientemente, y buscar otros caminos. Quizá sea porque el sueño no es demasiado grande, no nos quema por dentro.

Un adversario implacable

A veces las estrellas emiten tanta luz que no permiten que nadie les haga sombra y menos un recién llegado. Tuve que ganarme el derecho a entrenar junto a aquellos campeones, demostrándoles a diario que estaba dispuesto a hacer todo lo que estuviera en mi mano –ien mis piernas!– para llegar a su nivel. ¡Al mío!

Cuando tu adversario es “alguien”, la estrategia es clara: debes estudiarlo a fondo, conocer sus puntos fuertes y sobretodo sus debilidades. Además de “conocerlos”, debes aprender a “reconocerlos” en carrera, y al menor síntoma de debilidad atacar sin tregua.



Pero mi verdadero rival ahí dentro no era una persona sino algo mucho más frío y difícil de abordar: el tiempo. El cronómetro dictaba sentencia y yo necesitaba hacer marcas para mantenerme en la Blume, para optar a carreras y títulos, para seguir en pos de mi sueño, el sueño de ser el mejor.

Recortar medio segundo suponía meses de sacrificio, miles de papelitos clavados con una chincheta en la cabecera de mi cama con la marca que deseaba alcanzar, una obsesión con la que convivía día tras día.

El enorme esfuerzo empezó a dar sus frutos, mis tiempos se iban reduciendo y mi voluntad de superación crecía. Así, un día recibí la feliz noticia de que era "Internacional": había sido seleccionado para un encuentro internacional contra Francia e Italia en Granollers.

Quizá me encontraba al fin ante mis propios límites. Con sólo 20 años me iba a enfrentar a corredores expertos, representando a mi país, en los 800 metros. Había practicado durante meses la visualización positiva: me veía cruzando la meta, sentía el clamor del público, saboreaba la victoria a diario, en mi propio laboratorio de pruebas, mi mente. Y la carrera resultó tal como la había imaginado, adelantando a tres rivales en la recta final y entrando en cabeza con un margen considerable. La marca también era la que había previsto, así, también resulté vencedor en mi personal batalla contra el crono.

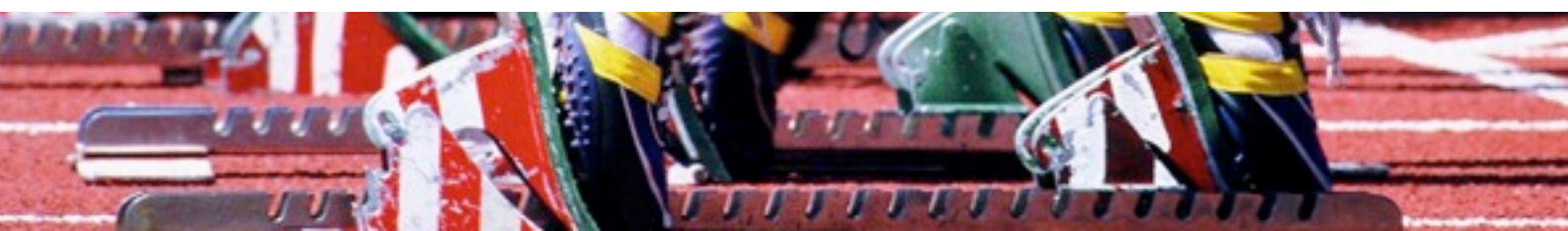
¡Campeón! ¿Campeón?

Mi deseo de superación era constante, como lo era también mi viejo sueño de ser "el mejor"... Esto me llevaba a un esfuerzo máximo en los entrenamientos; no bastaba el 100%, tenía que dar el 130%, y sabía que era posible. En mi mente sólo cabía superar a todos los rivales, sin excepción. Y trabajé con ese objetivo, comprobando el estado de forma de aquellas figuras consagradas, diagnosticando rápidamente si se encontraban en su momento óptimo —si "se salían"— o no, y potenciando mi capacidad para aprovechar sus talones de Aquiles.

El Campeonato de España Absoluto se disputaba aquel año en San Sebastián. Con mis 22 años, me paseaba por la playa de la Concha revisando mentalmente mi estrategia de carrera. Me sentía preparado, con los deberes hechos, por eso corrí tan tranquilo y relajado. Desde el comienzo me pegué a los favoritos, esperando ver cómo trataban de despegarme en cada recta, en cada curva, en cada vuelta. Llegó mi momento, aceleré en la recta contra-llegada y afronté la última curva en cabeza. Sentía resoplar en mi espalda y se me contraía el rostro por el esfuerzo; el viento me empujaba al tomar la última recta, mientras dos de mis rivales se abrían para tratar de pasarme. Se pusieron a mi nivel, era el instante de la verdad, por lo que tanto había sacrificado... y aguanté, y aguanté, y aguanté hasta ese 130% al que me había habituado en los entrenamientos. Entonces sucedió: súbitamente quedaron atrás, me despegué a grandes zancadas y vi como el segundo ya solo miraba por que no le pasara el tercero... 30 metros, 20 metros, 10 metros... **¡Ya era campeón, campeón de España!**

Estuve en una nube durante unos días, hasta que entendí que la carrera seguía, que sólo se te valora por lo último que has hecho, y que pronto habría muchos tratando de vencerme.

Era campeón, sí, pero no por siempre. Necesitaba nuevos retos, nuevos objetivos y marcas que batir. Seguía habiendo rivales, y la Olimpiada de Los Angeles me esperaba sólo un año después...



El mejor

“El mejor” estaba ahora junto a mí: Sebastián Coe, una leyenda viva de este deporte, era el gran favorito para la final, y sonreía confiado a una multitud enfervorizada que gritaba su nombre.

Nos llaman a la línea de salida. Ya no hay sitio para pensamientos, sólo caben sensaciones, empezando por mi garganta, seca y áspera. Se escucha un disparo, codazos y empujones para tomar al asalto el mejor lugar en el pelotón. Todo pasó muy rápido y sin embargo recuerdo cada segundo de aquella carrera. Éramos dos españoles, los primeros en acceder a una final olímpica de 1.500 metros. Abascal entró tercero –medalla de bronce- mientras yo lograba un séptimo puesto que me daba derecho a Diploma Olímpico. Para Coe, la gloria.

Nunca sabré si podía haber ganado o no aquella carrera. Lo que sí es seguro es que pude haberlo hecho mejor.

“El mejor”. ¡Qué bien suena! Rotundo, sólido, contundente: “el mejor...” “A continuación viene la pregunta, ¿A quién le ganaste? Porque ser el mejor implica siempre estar por delante de otros, cruzar la meta en primera posición, aunque sólo sea por una mínima fracción de segundo. ¿O no?

Años más tarde, alejado del deporte de élite, busqué mis propios desafíos: acabar mi carrera, estudiar un Máster, formar mi familia y crear mi propio proyecto empresarial. Y hay algo que no ha cambiado: sigo levantándome cada mañana con la firme determinación de ser la mejor versión de mi mismo con mi familia, mis amigos y mi trabajo, dispuesto a pagar el precio que eso entrañe, sea cual sea;

“porque en el atletismo, como en la vida, sólo hay un rival a batir, muy fuerte y que a menudo pasa desapercibido: tú mismo”

Llegar a “ser el mejor” significa dar lo mejor de ti en todo momento, correr sin descanso tras tu sueño, para llegar a ser “la mejor versión de ti mismo”

Be your BestTM

Andrés Vera Llorens

CEO ThinkSmart

Finalista Olímpico JJOO Los Angeles (1.500 mts)